

multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la ribera del mar. Tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (1). « Añadióse el juramento á la fuerza de la promesa, y se indicó mas claramente que la bendición mesiánica se derramaria sobre todo el género humano, no por el mismo Abraham, sino por medio de su posteridad.

Isaac, hijo de Abraham, oye la misma promesa y la misma profecía, las cuales se repiten á Jacob, hijo de Isaac. Las tres primeras generaciones hebráicas, confirmadas así en la esperanza del Mesías, se extienden en doce patriarcas, padres tambien de doce tribus, y Jacob, próximo á la muerte, los reúne en torno de su lecho para cerrar la primera edad mesiánica con una profecía solemne que reasume las precedentes, dándoles nueva precision. Rodeado, pues, de sus doce hijos, anuncia á cada uno de ellos, con algunos rasgos característicos, cuál será su papel en el porvenir, y al llegar á Judá, le dice estas palabras memorables : « Judá, tus hermanos te alabarán, tu mano estará sobre la cabeza de tus enemigos, y los hijos de tu padre te adorarán. Judá es el cachorro de un leon; tú has subido, hijo mio, para coger tu presa, te has tendido para el reposo como un leon y una leona; ¿quién le despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni un gefe de su estirpe, hasta que venga el que ha de ser enviado y que será la esperanza de las naciones (2). » Así, en el momento en que se subdivide la herencia patriarcal en doce ramas, se designa la rama en que ha de nacer el Mesías; esta rama será la de Judá, y se designa el día predestinado de la aparición mesiánica con un signo que la posteridad reconocerá fácilmente.

La sangre de Abraham, de Isaac y de Jacob es en adelante fecunda : multiplicase en una tierra que le ha dado hospitalidad, y llegando á ser en breve objeto de temor y de celos, pasa del desierto á la servidumbre, para hacer en la tribulación un aprendizaje necesario á sus altos destinos. Se cree perderla, y se la avigora; Israel es un pueblo; Moisés le saca de Egipto, y le lleva por medio del desierto al pié del Sinaí, de donde bajan las leyes que deben gobernarlo. Seguid, señores, seguid esa marcha profunda de un pueblo tan grande; vuestros ojos de niño vieron en otro tiempo sus maravillas : miradlas de nuevo con la inteligencia del hom-

(1) Génesis, cap. 22, vers 16, 17 y 18. — (2) Génesis, cap. 49, vers. 8, 9 y 10.

bre ya formado. De campamento en campamento llega Israel en frente del Jordan, á las fronteras del territorio que habitaron sus primeros antepasados, y cuya posesion está prometida á su posteridad. Encuentra allí á todo un pueblo sobre las armas, esperando á estos aventureros que han despojado al Egipto, y cuya marcha ha resonado desde el desierto hasta las colinas de la Judea. Moab ha formado sus batallones, levantado sus altares, convocado á sus gefes; Israel se presenta con sus mujeres, sus niños, sus soldados, sus levitas, llevando oculto bajo pieles de animales el tabernáculo del Dios que acaba de hablarle en el Sinaí : adelántase entre los dos pueblos un hombre del Oriente, y dice : Balac, Balac, el rey de los Moabitas me ha hecho venir de Aram, de las montañas del Oriente, y me ha dicho : Ven y maldice á Jacob; dáte prisa en venir, y detesta á Israel. ¿Cómo he de maldecir yo á quien Dios no maldecie? ¿Cómo detestaré yo al que Dios no detesta? Yo le veré desde lo alto de las rocas, yo le contemplaré desde lo alto de las colinas, este pueblo habitará solitario, y no será contado entre las naciones. Y sin embargo, ¿quién podrá contar el polvo de Jacob, y conocer el número de la descendencia de Israel (1)? »

Estas bendiciones imprevistas espantan á Moab; se conjura al profeta á que mude de lenguaje, y á que si no quiere maldecir, al menos que no bendiga. Tres veces abre Balaam la boca, tres veces bendice al pueblo conquistador que tiene á la vista, y al fin se escapa de su pecho como á pesar suyo la profecía mesiánica. « Yo le veré, pero no ahora; yo le contemplaré, mas no de cerca. Una estrella se levantará de Jacob, y un tallo surgirá de Israel y herirá á los caudillos de Moab, y someterá á todos los hijos de Seth. Ay! ¿Quién vivirá cuando haga Dios estas cosas? Vendrán de Italia en triremes, subyugarán á los asirios, extenderán su dominacion á los hebreos, y al fin perecerán ellos tambien (2). »

Advertid otra vez, señores, que no se trata de saber si Balaam era ó no profeta, sino solo de probar el curso de la idea mesiánica en la vida monumental del pueblo judío. Ya veis cómo toma aquí esta idea un desarrollo nuevo; no es ya un patriarca israelita, sino un extranjero, el que anuncia la venida del Mesías y el establecimiento de su reino sobre todos los hijos de Seth, es decir, de Adán. Y designa las circunstancias de su venida con una perspicacia bien ex-

(1) Números, cap. 23, vers. 7, 8, 9 y 10. — (2) Números, cap. 24, vers. 17, 23 y 24.

traña, pues que llega hasta designar la dominacion de los romanos en Oriente y sobre el pueblo judío como el signo precursor de la aparicion del Mesías.

David y Salomon marcan el punto mas elevado de la monarquía hebráica, y con ellos comienzan esos himnos nacionales y religiosos conocidos con el nombre de salmos. Cantados en el templo de Jerusalem en los días de las grandes solemnidades, expresaban de una manera pública el sentimiento interior, las esperanzas y los votos de toda la nacion. Ahora bien, fácil es reconocer en ellos la idea mesiánica abriéndose paso de continuo en el alma del poeta y del pueblo. Leyéndolos, advertireis en ellos pasajes como este: « Todas las naciones de la tierra se acordarán del Señor, y se convertirán á él; todas las familias de los pueblos adorarán en su presencia, porque el reino será del Señor, y él mismo gobernará las naciones. Todos los grandes de la tierra le comerán y adorarán, todos los que bajan al sepulcro se inclinarán ante él (1). »

Mas adelante aun, al aproximarse la decadencia y el cautiverio, y no obstante setecientos años ántes de Jesucristo, toma la idea mesiánica en Isaías una claridad y una abundancia de expresiones que es imposible expresar, porque sería preciso citar páginas que os fatigarían por su número y extension. Él es quien vé al Mesías salir de la raza de Jessé, padre de David, y quien describe al mismo tiempo, como si estuviera en el Calvario y en el Vaticano, el esplendor de la pasion y de los triunfos de Jesucristo. « Levántate, levántate, revístete con tu fuerza Sion, toma tus vestidos de gloria Jerusalem, ciudad del Santo, porque el inmundo y el incircunciso no pasan ya dentro de tus murallas (2). ¡Cuán bellos son sobre los montes los piés del que anuncia y predica la paz, que anuncia el bien, que predica la salvacion, que dice á Sion: Tu Dios reinará... (3).! El Señor ha preparado su brazo santo á los ojos de todas las naciones, y todas las partes de la tierra verán la salud de nuestro Dios... Le contemplarán... (4). Mi siervo tendrá la inteligencia, será grande y elevado en gloria. Sin embargo, como muchos se han asombrado de tus miserias, Jerusalem, así su rostro será sin gloria, y su figura despreciada entre los hijos de los hombres. Mas él purificará la multitud de las naciones; delante de él guardarán silencio los reyes, porque aquellos á quienes no habia sido anunciado le verán, y contemplarán á aquel de quien no habian oido hablar ». É inmediata-

(1) Salmo 21, vers. 28, 29 y 30. — (2) Isaías, cap. 52, vers. 1. — (3) Isaías, cap. 2, vers. 7. — (4) Isaías, cap. 52, vers. 10.

mente despues, comienza Isaías la descripcion de los dolores é ignominias del Calvario, y la acaba en doce versículos consecutivos. Luego continúa sin detenerse sus cantos de triunfo: « El que te hizo, cuyo nombre es el Señor de los ejércitos, ese reinará sobre tí: y tu Redentor, el santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra (1). »

Pero en Babilonia, durante el cautiverio, seiscientos años ántes de Jesucristo, fué donde la idea mesiánica se revistió de una claridad y precision matemáticas. ¿Os recordaré la profecía de Daniel? Oidla pues: « Setenta semanas han sido resumidas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que la prevaricacion se consuma, y se acabe el pecado, y la iniquidad sea destruida, y llegue la justicia eterna, y la vision se cumpla con la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos. Sabe pues y atiende: partiendo del decreto para el restablecimiento de Jerusalem hasta Cristo rey, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas, y los muros serán reedificados en la angustia de los tiempos. Y despues de sesenta y dos semanas, Cristo será muerto, y no tendrá ya por pueblo al que debe negarlo. Y un pueblo que ha de venir con un caudillo derribará la ciudad y el santuario, y el fin será la devastacion, y despues del fin de la guerra una desolacion fija. Sin embargo, la alianza será confirmada para la muchedumbre en una semana, y en medio de la semana, la Hostia y el Sacrificio cesarán, y la abominacion de la desolacion será en el templo, y la desolacion perseverará hasta la consumacion y el fin (2). »

No me detendré, señores, á poner de bulto los pasajes de este discurso, que mas que prevision de lo futuro parece narracion de lo pasado. El curso de las cosas me arrebató y me lleva para oír al pié del segundo templo, quinientos años ántes de Jesucristo, estas últimas palabras del profeta Aggéo: « De aquí á poco tiempo, dice el Señor de los ejércitos, moveré el cielo y la tierra, y la mar y el desierto, y el Deseado de todas las naciones vendrá, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.... La gloria de esta segunda casa será mayor que la gloria de la primera, y daré la paz en este lugar (1). »

¡Qué serie, señores, á través de tantos siglos y acaecimientos! ¡Qué fidelidad á una misma idea de parte de tantos hombres separados por los siglos! Pero la idea mesiánica ni aun se encerró en la tradicion particular del pueblo judío; pasó el Jordan, el Eufrates,

(1) Isaías, cap. 54, vers. 5. — (2) Daniel, cap. 9, vers. 24, 25, 26 y 27. — (3) Aggéo, cap. 2, vers. 7, 8 y 10.

el Indo, el Mediterráneo, todos los Océanos, y llevada en las alas invisibles de la Providencia, penetró en los pueblos mas diversos y remotos, para crear en ellos una esperanza uniforme y un recuerdo universal. En la extremidad oriental del Asia, Confucio hablaba de un Santo, que era, segun decia, el santo verdadero, y que debia aparecer hácia el Occidente. Virgilio, traduciendo en verso los oráculos de la Sibila de Cumas, anunciaba al siglo de Augusto la venida de un niño misterioso, hijo de Júpiter, destinado á desterrar del mundo los vestigios de la iniquidad, y á comenzar un orden de cosas tan grande como nuevo. Tácito á proposito del reinado de Vespasiano, se expresaba de esta manera: « Era una persuasion muy difundida, que segun antiguos escritos sacerdotales, en aquella misma época debia el Oriente prevalecer, y algunos hombres salidos de la Judea apoderarse del gobierno de las cosas. » Los racionalistas del siglo XVIII, forzados por la evidencia, han reconocido amenudo esta unanimidad de la espectacion mesiánica. Voltaire ha dicho: « Era de tiempo inmemorial una máxima entre los judíos, los indios y los chinos, que el sabio vendria del Occidente. La Europa decia, por el contrario, que el sabio vendria del Oriente (1). » Volney ha dicho: « Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores, habian difundido en toda el Asia la creencia de un gran mediador que debia venir, de un juez final, de un salvador futuro, rey, Dios, conquistador y legislador, que resucitaria la edad de oro en la tierra, y libraria á los hombres del imperio del mal (2.) Boulanger, de un modo todavía mas general, ha confesado que todos los pueblos habian tenido una expectativa de esa especie; y añade esta frase asombrosa: « Que pudiera llamarse al Oriente el polo de la esperanza de todas las naciones (3.) » Es la expresion misma de Jacob en su lecho de muerte.

Es por tanto cierto, señores, que la idea mesiánica fué el alma del pueblo, judío en el espacio de los dos mil años que precedieron á Jesucristo; y esta idea se habia divulgado en todos los pueblos del mundo con tal unanimidad, que ni aun es posible explicarla por las comunicaciones de los hebreos con los gentiles, sino que es preciso suponer una difusion de esta idea aun anterior á Abraham. Y esta idea mesiánica, tan extraordinaria en su universalidad, su progreso, su perseverancia y precision, ¿ se realizó por fin? Sí, se realizó: el Dios uno y creador de la Biblia hebráica ha llegado á ser el

(1) Additions a la histoire Générale, pág. 13. — (2) Les Ruines, pág. 228. — (3) Recherches sur l'origine du despotisme oriental, section pr.

Dios de toda la tierra, y hasta las naciones que no le han aceptado todavía le rinden homenaje por cierto número de adoradores que la Providencia elige en su seno. ¿ Y quién ha efectuado esta revolucion increíble? Un solo hombre, Cristo. ¿ Y de dónde era Cristo? Era judío, de la tribu de Judá, de la casa de David. ¿ Y cómo realizó esta prodigiosa revolucion social y religiosa? Padeciendo y muriendo, como David, Isaías y Daniel lo habian anunciado.

Decidme ahora, os ruego, señores, ¿ qué os parece de esto? Ved ahí dos hechos paralelos y que se corresponden, ambos á dos ciertos, ambos á dos de una magnitud colosal; el uno que duró dos mil años ántes de Jesucristo, el otro que dura mil ochocientos años despues de Jesucristo; el uno que anuncia una revolucion considerable é imposible de prever, el otro que es su realizacion, entrambos teniendo á Jesucristo por principio, por término, por centro de union. ¿ Qué os parece vuelvo á decir? ¿ Tomaréis el partido de negar? ¿ Pero qué es lo que negareis? ¿ Acaso la existencia de la idea mesiánica? Pero ella está en el pueblo judío, que vive; está en toda la série de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las confesiones mas formales de la mas profunda incredulidad. ¿ Será por ventura la anterioridad de los pormenores proféticos? Pero el pueblo judío, que crucificó á Jesucristo, y tiene un interés nacional y secular en robarle las pruebas de su divinidad, os afirma que sus escrituras eran antiguamente lo que son hoy; y para mas seguridad, doscientos cincuenta años ántes de Jesucristo, en tiempo del rey de Egipto, Tolomeo Filadelfo, y por su orden todo el antiguo Testamento, traducido en griego, cayó en posesion del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado. ¿ Os volveréis al otro polo de la cuestion, y negaréis la realizacion de la idea mesiánica? Pero la Iglesia católica, hija de esta idea, está á vuestra vista, os ha bautizado. ¿ Buscaréis vuestro punto de apoyo en el punto de reunion de esos dos formidables acontecimientos? ¿ Negaréis que Jesucristo verificó en su persona la idea mesiánica, que fué judío, de la tribu de Judá, de la casa de David, y el fundador de la Iglesia católica sobre la doble ruina del judaísmo y de la idolatría? Pero las dos partes interesadas, y enemigas entre sí irreconciliables, convienen en todo esto. El judío dice: sí; y el cristiano dice: Sí. ¿ Diréis que esta coincidencia de sucesos colosales, en el punto preciso de Jesucristo, es efecto de la casualidad? Pero la casualidad, si la hay, no es mas que un accidente breve y fortuito; su definicion excluye la idea de

continuacion: no hay casualidad de dos mil años y de mil ochocientos años sobre los dos mil. ¿Diréis, en fin, que es esto el resultado de una larga conspiracion, con que el pueblo judío, ambicioso y teólogo, ha procurado crearse en el mundo una gran existencia? Cómo! ¡Una conspiracion de dos mil años, fundada en un gefe, que sesenta generaciones deberán aguardar, y que será preciso crear despues de haberle tan pacientemente esperado! Ay! harto difícil es conspirar en favor de un hombre vivo; ¿qué será en favor de un hombre que no existe, y que se supone ha de nacer en una época indeterminada? Y observad, que llegado este hombre, los judíos lo crucificaron, sin duda porque el suplicio formaba parte de la conspiracion. Notad además que le negaron, así despues como ántes del suplicio, sin duda por asegurar el éxito final de la conspiracion y de todo el triunfo de ambicion y de teología que de ello se prometian.

Señores, cuando Dios trabaja, nada hay que hacer contra él. Las proporciones de Jesucristo en los tiempos que le precedieron son aun mas admirables, que las proporciones totalmente divinas de su vida y su sobrevida. Porque al fin, el que vive tiene un poder, una accion, y es posible concebir que ciertas circunstancias han favorecido á un hombre de genio singular, y le han dado un ascendiente inmenso sobre sus contemporáneos. Aun despues de muerto, quedan amigos, discípulos, el recuerdo de una vida real, y por consiguiente un medio superviviente de accion. Pero sobre lo que nos ha precedido, sobre lo pasado, ¿qué podemos? ¿Quién de nosotros, por eminente que sea, puede formarse un antepasado? ¿Quién de nosotros, queriendo establecer una doctrina, se creará una vanguardia de generaciones, fieles ya á una palabra que aun no existia? ¿Quién de nosotros presentará al mundo sus abuelos doctrinales, si no es verdaderamente hijo de una doctrina anterior á él? Ah! lo pasado es una tierra cerrada; lo pasado ni aun es un lugar en que Dios pueda obrar, como no obre allí de antemano preparándolo. Si Jesucristo hubiera sido como uno de nosotros, nacido sin una preexistencia providencial entre lo pasado y lo futuro, en vano hubiera pedido á la historia realizada ya, un pedestal que le retrajese veinte siglos atrás de su propia cuna. En vez de esto, Abraham, Isaac, Jacob, David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, un pueblo entero, el mismo género humano, vienen á reconocerle y saludarle en los brazos del anciano Simeon, que exclama á nombre de todo lo pasado de que es el último representante: «Ahora, Señor, despide á tu siervo, segun tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu salud, la cual has pre-

parado ante la faz de todos los pueblos, para que sea la luz reveladora de las naciones, y la gloria de tu pueblo Israel (1)!

Esto es el colmo, señores; Jesucristo se nos muestra como el móvil, así de lo pasado como de lo futuro; como el alma, así de los tiempos que le precedieron, como de los que le son posteriores. Se nos presenta en sus antepasados, apoyado en el pueblo judío, que es el mayor monumento social y religioso de los tiempos antiguos; y en su posteridad, apoyado en la Iglesia católica, que es la mayor obra social y religiosa de los tiempos nuevos. Se nos presenta, llevando en su mano izquierda el antiguo Testamento, libro el mas grande de los tiempos que le precedieron, y llevando en su derecha el Evangelio, el mayor libro de los tiempos que le son posteriores. Y sin embargo, precedido y seguido de esa manera, es aun mas grande en sí mismo que sus antepasados y su posteridad, que los patriarcas y los profetas, que los apóstoles y los mártires. Llevado por cuanto hay de mas ilustre ántes y despues de él, su fisonomía resalta aún sobre este fondo sublime; y sobrepujando á cuanto parecía superior á todo, nos revela el Dios que no tiene modelo ni igual. Por ello á vista de esa triple señal de la Divinidad, ántes, durante y despues, en los antepasados, en la posteridad y en el tiempo mismo de su vida, levantémonos, señores; levantémonos todos juntos, quien quiera que seamos, creyentes é incrédulos. Si creyentes, levantémonos con el respeto, la admiracion, la fe, el amor para con un Dios que se ha mostrado á nosotros con tanta evidencia y que nos ha elegido entre los hombres para hacernos depositarios de ese esplendor magnífico de su verdad. Y los que no creais, alzaos igualmente; pero con temor, con ansiedad, como hombres que con vuestro poder y raciocinio sois muy pequeños en presencia de los hechos que llenan todos los siglos, y que tan llenos están tambien del imperio y de la majestad de Dios!

(1) San Lucas, cap. 2, vers. 29, 30, 31 y 32.